

le impuso el nombre de Jesús, dado de antemano por el cielo. Tres magos de Oriente vinieron a adorarlo, avisados por una estrella extraordinaria que los condujo hasta Belén. Esta fiesta se llama Epifanía, es decir, manifestación de Dios. Y se celebra el 6 de enero.

(112) 4º Quiso ser presentado en el templo cuarenta días después del nacimiento y observar toda la ley de Moisés para el rescate de los primogénitos. Poco después, un ángel advirtió a José, esposo de la Santísima Virgen, que tomara al Niño y a la Madre y huyera a Egipto para evitar el furor de Herodes. José obedeció.

Opinan algunos autores que Nuestro Señor permaneció en Egipto dos años. Otros, que tres, y otros —como Baronio— que hasta ocho. Su presencia santificó todo aquel país, haciéndolo digno de verse más tarde poblado de santos anacoretas. Dice Eusebio que al entrar Jesús en Egipto huyeron los demonios. Y san Atanasio añade que los ídolos se hicieron añicos.

(113) 5º A la edad de doce años, el Hijo de Dios discutió con un grupo de doctores de la ley, manifestando tal sabiduría que dejó admirado a todo su auditorio. Después de este acontecimiento, el Evangelio no nos dice nada

de él hasta su bautismo, que recibió cuando tenía treinta años. Retiróse inmediatamente al desierto, donde ayunó cuarenta días, sin comer ni beber, y, siendo tentado por el demonio, triunfó sobre éste.

(114) 6º Comenzó entonces su predicación en Judea, llamando a sus apóstoles, y realizó todos los adorables portentos que mencionan los textos sagrados. Basta recordar que el tercer año de su vida pública —trigésimo tercero de su edad— Jesús resucitó a Lázaro. Entró triunfante en Jerusalén el 29 de marzo. El 2 del inmediato mes de abril, 14 de Nisán, celebró la Pascua con sus discípulos, lavó los pies a los apóstoles e instituyó el santísimo sacramento de la eucaristía bajo las especies de pan y vino.

(115) 7º La tarde del mismo día, sus enemigos, guiados por Judas, el traidor, lo pusieron preso. Al día siguiente —3 de abril—, a pesar de ser fiesta, fue condenado a muerte después de haber sido flagelado, coronado de espinas y tratado con extrema ignominia. Ese mismo día fue conducido al Calvario y clavado en una cruz entre dos malhechores. Así quiso morir el Dios de la inocencia con la muerte mas vergonzosa y padecer el suplicio que merecía un

ladrón llamado Barrabás, a quien los judíos lo pospusieron.

Los Santos Padres dicen que Jesús fue clavado en la cruz con cuatro clavos y que en medio de ella sobresalía un tosco madero en forma de asiento, sobre el cual podía apoyarse.

(116) 8º Después de tres horas de agonía, el Salvador del mundo murió a la edad de treinta y tres años. José de Arimatea tuvo el valor de pedir su cuerpo a Pilato y lo colocó en un sepulcro nuevo excavado en la roca. No se puede olvidar que la naturaleza manifestó su dolor ante la muerte de su propio Autor mediante una serie de prodigios acaecidos en el momento en que espiraba.

La resurrección de Jesucristo tuvo lugar el 5 de abril. Se apareció varias veces a su santísima Madre y a los discípulos durante cuarenta días, hasta el jueves 14 de mayo, en que condujo a los discípulos al monte de los Olivos, donde en presencia suya subió a los cielos, por su propia virtud, a la diestra del Padre, dejando sobre la roca las huellas de sus sagrados pies.

CAPÍTULO X

Encantadora belleza e inefable dulzura de la Sabiduría encarnada¹

(117) La Sabiduría se encarnó con la única finalidad de atraer a su amor e imitación los corazones humanos. Por ello se ha complacido en adornarse con todas las amabilidades y dulzuras humanas más atrayentes y delicadas, sin defecto ni fealdad alguna.

1. LA SABIDURÍA ES DULCE EN SU ORIGEN

(118) Considerada en su origen, la Sabiduría es toda bondad y dulzura. Es el don del amor del Padre eterno y fruto del amor del Espíritu Santo. El amor nos la da y el amor la forma: *Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único.*² De suerte que es toda amor, o mejor, el amor mismo del Padre y del Espíritu Santo.

¹ La dulzura de la Sabiduría, uno de los temas predilectos de Montfort; su último sermón, poco antes de morir, fue sobre el tema. Los capítulos X y XI forman una sola unidad. ¿Quién no amaré una realidad tan llena de dulzura como la Sabiduría?

² Jn 3, 16.

Nació de la más dulce, tierna y hermosa de todas las madres, la excelsa María. ¿Quieres conocer la dulzura de Jesús? Trata de conocer antes la dulzura de María, su Madre, a quien se asemeja en la dulzura del temperamento. Jesús es el Hijo de María, y por ello no puede haber en Él arrogancia, ni severidad, ni fealdad. Infinitamente menos aún que en su Madre, por cuanto es la Sabiduría eterna, la dulzura y la belleza personificadas.

2. LA SABIDURÍA ES DULCE SEGÚN LOS PROFETAS

(119) Los profetas, a quienes fue revelada de antemano la Sabiduría encarnada, la llaman *oveja* y *cordero manso*.³ Predicen que, gracias a su dulzura, *la caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará*,⁴ es decir, que su bondad será tal que, aun cuando un desdichado pecador se halle medio quebrantado, cegado y perdido por sus pecados y ya con un pie en el infierno, Ella no consumará su perdición, a no ser que se la obligue a ello.

³ Jn 11, 19.

⁴ Is 42, 3.

San Juan Bautista, que vivió cerca de treinta años en el desierto para merecer con sus austeridades el conocimiento y amor a la Sabiduría encarnada, tan pronto la vio, exclamó —mostrándola con el dedo a sus discípulos—: *Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.*⁵ No dice, en efecto, como hubiera debido: «Éste es el Altísimo, éste es el Rey de la gloria, éste es el Omnipotente...», sino que, conociéndola mejor que nadie la ha conocido ni conocerá jamás, exclama: «Éste es el Cordero de Dios. Ahí viene la Sabiduría eterna, que para conquistar nuestros corazones y borrar nuestros pecados ha compendia-do en sí todas las dulzuras divinas y humanas, celestiales y terrenas.»

(3. LA SABIDURÍA ES DULCE EN SU NOMBRE)

(120) Y ¿qué nos indica el nombre de Jesús —que es el nombre propio de la Sabiduría encarnada— sino una caridad ardiente, un amor infinito y una dulzura encantadora? ¡Jesús, Salvador, es decir, el que salva al hombre, aquel cuya característica es amar y

⁵ Jn 1, 29.

salvar al hombre!

«Nada se canta más suave,
nada se oye con más gozo,
nada se piensa más dulce
que Jesús, Hijo de Dios.»⁶

¡Oh! ¡Cuán dulce es al oído y al corazón de los predestinados el nombre de Jesús! «Dulce miel para la boca, melodía para el oído, júbilo del corazón.»⁷

4. LA SABIDURÍA ES DULCE EN SU SEMBLANTE

(121) «Jesús es dulce en el semblante, dulce en las palabras, dulce en las acciones.»⁸

El amabilísimo Salvador tenía un rostro tan dulce y bondadoso, que cautivaba los ojos y corazones de cuantos lo veían. Los pastores que vinieron a visitarlo en el pesebre quedaron tan encantados de la dulzura y hermosura de su semblante, que hubieran permanecido

⁶ «Nil canitur suavius, / Nil auditur iucundius, / Nil cogitatur dulcius, / Quam Iesus, dei Filius», del himno *Iesus dulcis memoria*, atribuido, sin razón, a san Bernardo.

⁷ «Mel in ore, in aure melos, in corde iubilus» (san Bernardo, *Sermo 15 in Cantica*).

⁸ Cf. San Agustín, *Enarratio in Ps. 44, 3*: «Iesus dulcis in facie, dulcis in ore, dulcis in opere.»

días enteros contemplándolo, como fuera de sí mismos. Los reyes —aun los más arrogantes—, tan pronto como vieron los rasgos maravillosos de tan hermoso Niño, depusieron su altivez y se postraron sin dificultad a los pies de su cuna. Cuántas veces se dijeron uno a otro: «Amigos, ¡qué agradable es estar aquí! ¡No existen en nuestros palacios delicias semejantes a las que se experimentan en este establo al contemplar al querido Niño-Dios!»

Siendo Jesús muy joven, las personas afligidas y los niños del contorno venían a verlo para alegrarse con él y se decían uno a otro: «¡Vamos a ver al Niño Jesús, el Hijo maravilloso de María!» La belleza y majestad de su semblante —decía san Juan Crisóstomo—⁹ eran tan dulces e imponentes a la vez, que cuantos lo veían no podían menos de amarlo. Reyes hubo de países muy remotos que quisieron poseer su efigie. Se dice que el Señor mismo, por especial favor, la hizo enviar al rey Abogaro. Y aseguran algunos autores que los soldados romanos y los judíos le velaron el rostro para abofetearlo y maltratarlo con mayor libertad, porque sus ojos y semblante

⁹ *Homilia 27 in Matthaeum* n. 2.

despedían tan suave y encantadora luz, que desarmaba aun a los más crueles.

5. LA SABIDURÍA ES DULCE EN LAS PALABRAS

(122) Jesús es dulce en las palabras. Mientras vivía en la tierra, conquistaba a todo el mundo con la dulzura de sus palabras. Jamás se lo oyó gritar ni disputar acaloradamente. Así precisamente lo habían anunciado los profetas: *No gritará, no clamará, no voceará por las calles.*¹⁰ Quienes lo escuchaban desapasionadamente, se sentían tan penetrados por las palabras que salían de su boca, que exclamaban: *¡Nadie ha hablado nunca como ese hombre!*¹¹ Y sus propios enemigos, sorprendidos de su elocuencia y sabiduría, se preguntaban: *¿De dónde saca éste ese saber?*¹² Nadie ha hablado nunca con tanta dulzura y gracia. ¿De dónde saca tanta sabiduría en sus palabras?

Millares y millares de personas humildes dejaban sus hogares y familias para ir a escucharlo hasta en los desiertos y pasaban días y

¹⁰ Is 42, 2.

¹¹ Jn 7, 46.

¹² Mt 13, 54.

días sin comer ni beber, saciándose únicamente con la dulzura de sus palabras. Dulzura con la cual atrajo en su seguimiento a los apóstoles como con un imán, curó a los enfermos más incurables, consoló a los afligidos. Bastó que dijera a la atribulada Magdalena la sola palabra: *¡María!*, para que ella quedara colmada de dicha y de dulzura.

CAPÍTULO XI

Dulzura de la Sabiduría encarnada en su conducta

6. LA SABIDURÍA ES DULCE EN TODA SU CONDUCTA

(123) Jesús es dulce en las acciones y en toda su conducta: *¡Qué bien lo hace todo!*¹ Es decir, todo lo que hizo Jesucristo lo realizó con tal precisión, sabiduría, santidad y dulzura, que no es posible encontrar en ello ningún defecto ni disformidad.

Veamos ahora cuál fue la dulzura de esta amable Sabiduría encarnada en toda su conducta.

(124) Los pobres y los niños lo seguían por todas partes como si fuera uno de ellos. En-

¹ Mc 7, 37.

contraban en el amable Salvador tanta sencillez, benignidad, condescendencia y caridad, que se atropellaban para acercarse a Él. Un día, mientras predicaba en una calle, los niños, que acostumbraban colocarse junto a Él, querían abrirse paso a empujones. Los apóstoles, que estaban más cerca de Jesús, los rechazaron. Jesús se dio cuenta y reprendió a los apóstoles, diciéndoles: *Dejad a los niños que se acerquen a mí.*² Y, cuando estuvieron cerca, los abrazó y bendijo. ¡Oh! ¡Qué dulzura y benignidad!

Los pobres, al ver que vestía pobremente y actuaba sin altivez ni arrogancia, se complacían en estar con Él y lo defendían ante los ricos y orgullosos, que lo calumniaban y perseguían. Jesús, por su parte, les prodigaba mil alabanzas y bendiciones en toda ocasión.

(125) Y ¿quién podrá explicar la dulzura de Jesús para con los pobres pecadores? ¡Con cuánta dulzura trataba a Magdalena, la pecadora! ¡Con qué amable condescendencia convirtió a la Samaritana! ¡Con cuánta misericordia perdonó a la mujer adúltera! ¡Con cuánta caridad iba a sentarse a la mesa de los

² Mc 10, 14.

publicanos para convertirlos! Sus enemigos aprovecharon esta dulzura suya para perseguirlo, diciendo que con su condescendencia hacía quebrantar la ley de Moisés. Para insultarlo, lo llamaron amigo de pecadores y publicanos. ¡Con cuánta bondad y humildad trató de conquistar el corazón de Judas, que intentaba traicionarlo! ¡Le lavó los pies y lo llamó amigo suyo! Por último, ¡con cuánta caridad pidió perdón a Dios, su Padre, por sus verdugos, disculpándolos por no saber lo que hacían!

(126) ¡Oh! ¡Cuán bella, dulce y cariñosa es la Sabiduría encarnada, Jesucristo! Bella en la eternidad, por ser el esplendor del Padre, el espejo sin mancha y la imagen de su bondad, más radiante que el Sol y más resplandeciente que la misma luz! ¡Bella en el tiempo, por haber sido formada pura, libre de pecado y fulgurante de belleza por el Espíritu Santo, por haber enamorado durante su peregrinar terreno la vista y el corazón de los hombres y ser hoy la gloria de los ángeles! ¡Tierna y dulce con los hombres, y especialmente con los pobres pecadores, a los cuales vino a buscar visiblemente sobre la tierra y sigue buscando todos los días de manera invisible!

7. LA SABIDURÍA ES DULCE EN LA GLORIA

(127) Nadie imagine que, por hallarse ahora Jesús triunfante y glorioso, sea menos dulce y condescendiente. Al contrario, su gloria perfecciona, en cierto modo, su dulzura. Desea más perdonar que brillar. Desea más mostrar la abundancia de su misericordia que ostentar las riquezas de su gloria.

(128) Si atiendes al testimonio de los acontecimientos, verás que, cuando la Sabiduría encarnada y gloriosa se apareció a sus amigos, no lo hizo entre truenos y relámpagos, sino benigna y dulcemente; no asumió la majestad de un soberano o la del Dios de los ejércitos, sino la ternura del esposo y la dulzura del amigo.

Algunas veces se muestra en la eucaristía, pero no recuerdo haber leído jamás que se presentara en forma distinta a la de un tierno y gracioso niño.

(129) Hace algún tiempo, un desdichado se enfureció por haber perdido en el juego toda su fortuna. Desenvainó la espada contra el cielo, culpando a Nuestro Señor de la pérdida de sus bienes. Y ¡cosa extraña! En lugar de los rayos y truenos que hubieran debido caer sobre él, vio descender del cielo un papelito

que, revoloteando, vino a caer cerca de él. Sorprendido, lo recoge, lo despliega y lee: *Misericordia, Dios mío.*³ Cayósele la espada de las manos, y, conmovido hasta lo profundo del corazón, se postró en tierra y pidió perdón.

(130) Cuenta san Dionisio Areopagita que un obispo llamado Carpio había convertido a un idólatra con grandes trabajos. Pero, enterado de que otro pagano lo había hecho apostatar en un instante, se dirigió a Dios, rogándole durante toda una noche con insistentes plegarias que castigara al culpable de la injuria inferida a la divina Majestad. Cuando he aquí que, hallándose en lo más ferviente de su plegaria y de su celo, vio que se abría la tierra y que los demonios trataban de arrojar al infierno al pagano y al apóstata. Al alzar los ojos, vio que se abrían los cielos y que Jesucristo venía hacia él rodeado de multitud de ángeles. El Señor le dice: «Carpio, ¿tú me pides venganza? ¡No me conoces! ¿Sabes lo que pides y cuánto me han costado los pecadores? ¿Por qué deseas que los condene? Los amo tanto que estaría dispuesto, si fuera necesario, a morir de nuevo por cada uno de

³ Sal 51 (50), 1.

ellos» Y, acercándose a Carpio, le mostró las espaldas desnudas y añadió: «Carpio, si quieres venganzas, ¡véngate en mí, no en los pobres pecadores!»⁴

(131) Al considerar todo esto, ¿cómo no amar a esta Sabiduría eterna, que nos ha amado y nos sigue amando más que a su propia vida y cuya belleza y dulzura superan a todo lo más bello y dulce que hay en el cielo y en la tierra?

(132) Refiérese en la vida del beato Enrique Suso que un día la Sabiduría eterna —tan tiernamente amada por él— se le apareció de la siguiente manera: había tomado forma corporal, estaba rodeada por una nube clara y transparente y se hallaba sentada sobre un trono de marfil. Sus ojos despedían un fulgor semejante al Sol de mediodía. Su corona era la eternidad; su vestido, la felicidad; su palabra, la suavidad; de sus abrazos brotaba la dicha de los bienaventurados.

Enrique la contempló en toda esta pompa. Lo que más lo maravilló fue el contemplar que tan pronto parecía una hermosa doncella, portento de la hermosura del cielo y de la

⁴ Dionisio Arcopagita, *Epístola* 8, § 6.

tierra; tan pronto un gallardo joven que hubiese agotado todas las bellezas creadas para hermostear su rostro. Unas veces, la veía elevar la cabeza por encima de los cielos y al mismo tiempo hollar con sus pies los abismos de la tierra. Ya la veía cerca, ya lejos de sí. Unas veces majestuosa, otras condescendiente, benigna, dulce y llena de ternura para cuantos se acercaban a ella. Contemplábala así, cuando —dirigiéndose a él— le sonrió amablemente y le dijo: *Hijo mío, ¡dame tu corazón!*⁵ Arrojándose en seguida a sus pies, Enrique le entregó, irrevocablemente, el corazón.

A ejemplo de este santo varón, hagamos también nosotros entrega irrevocable de nuestro corazón a la Sabiduría eterna y encarnada. ¡Ella no ansía otra cosa de nosotros!

CAPÍTULO XII

Principales oráculos de la Sabiduría encarnada
que es preciso creer y practicar para salvarnos¹

(133) 1. *El que quiera venirse conmigo, que*

⁵ Pr 23, 26.

¹ Este capítulo constituye la parte culminante de esta obra monfortiana. En la voz de la Sabiduría encarnada, Jesucristo,

se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y me siga (Lc 9, 23).

2. Uno que me ama hará caso de mi mensaje, mi Padre lo amará, y los dos nos vendremos con él y viviremos con él (Jn 14, 23).

3. Si, yendo a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano (Mt 5, 23-24).

(134) *4. Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío (Lc 14, 28).*

5. Todo aquel que por mí ha dejado casa, o hermanos o hermanas, o

oímos resonar las directivas básicas que debe llevar a la práctica el discípulo de la Sabiduría que quiere caminar en seguimiento del Señor. Con Jesucristo, Montfort acentúa fuertemente la renuncia por amor a la Sabiduría. Así se prepara el camino para la consagración total a Jesús por María.

Montfort no es un especulativo. Es un misionero. Mucho más felices los que *aceptan, creen, ponen en práctica y enseñan a los demás* el mensaje de la Sabiduría encarnada (cf. n. 143).

padre o madre, o hijos o tierra, recibirá cien veces más y heredará vida eterna (Mt 19, 29).

6. Si quieres ser un hombre logrado, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza (Mt 19, 21).

- (135) *7. No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo (Mt 7, 21).*

8. Todo aquel que escucha estas palabras mías y las pone por obra, se parece al hombre sensato que edificó su casa sobre roca (Mt 7, 24).

9. Os aseguro que, si no cambiáis y os hacéis como estos chiquillos, no entraréis en el Reino de Dios (Mt 18, 3).

10. Aprended de mí, que soy sencillo y humilde; encontraréis vuestro respiro (Mt 11, 29).

- (136) *11. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, que son amigos de rezar de pie en las sinagogas... para exhibirse ante la gente (Mt 6, 5).*

12. *Cuando recéis, no seáis palabreros..., que vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis (Mt 6, 7-8).*

13. *Cuando estéis de pie orando, perdonad lo que tengáis contra otros, para que también vuestro Padre del cielo os perdone vuestras culpas (Mc 11, 25).*

14. *Cualquier cosa que pidáis a Dios en vuestra oración, creed que os la han concedido, y la obtendréis (Mc 11, 24).*

(137) 15. *Cuando ayunéis, no os pongáis cariacontecidos como los hipócritas, que se afean la cara para ostentar ante la gente que ayunan. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro (Mt 6, 16).*

(138) 16. *En el cielo, da más alegría un pecador que se enmienda que noventa y nueve justos que no necesitan enmendarse (Lc 15, 7).*

17. *No he venido a invitar a la enmienda a los justos, sino a los pecadores (Lc 5, 32).*

(139) 18. *Dichosos los que viven perse-*

guidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey (Mt 5, 10).

19. Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen... por causa de este Hombre. Alegraos..., que os va a dar Dios una gran recompensa (Lc 6, 22-23).

20. Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os querría como a cosa suya, pero... al elegiros yo... el mundo os odia (Jn 15, 18-19).

(140) *21. Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro (Mt 11, 28).*

22. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma pan de éste vivirá para siempre. Pero, además, el pan que voy a dar es mi carne... (Jn 6, 51).

23. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, sigue conmigo, y yo con él (Jn 6, 55-56).

(141) *24. Todos os odiarán por causa mía, pero no perderéis ni un pelo de la cabeza (Lc 21, 17-18).*

(142) 25. *Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro (Mt 6, 24).*

(143) 26. *Del corazón salen las malas ideas... Eso es lo que mancha al hombre; comer sin lavarse las manos, no (Mt 15, 19-20).*

27. *El que es bueno, saca cosas buenas de su almacén de bondad; el que es malo, saca cosas malas de su almacén de maldad (Mt 12, 35).*

(144) 28. *El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios (Lc 9, 62).*

29. *Hasta los pelos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis miedo; valéis más que todos los gorrones juntos (Lc 12, 7).*

30. *Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por él se salve (Jn 3, 17).*

(145) 31. *Todo el que practica lo malo, detesta la luz, y no se acerca a la luz para que no se descubran sus acciones (Jn 3, 20).*

32. *Dios es espíritu, y los que lo adoran han de dar culto con espíritu y verdad (Jn 4, 24).*

33. *Sólo el Espíritu da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida (Jn 6, 63).*

34. *Quien comete ese pecado es esclavo, y el esclavo no se queda para siempre en la casa (Jn 8, 34-35).*

35. *Quien es de fiar en lo de nada, también es de fiar en lo importante; quien no es honrado en lo de nada, tampoco es honrado en lo importante (Lc 16, 10).*

36. *Más fácil es que pasen el cielo y la tierra que no que caiga un acento de la ley (Lc 16, 17).*

37. *Alumbre también vuestra luz a los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo (Mt 5, 16).*

(146) 38. *Si vuestra fidelidad no sobrepasa la de los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de Dios (Mt 5, 20).*

39. *Si tu ojo derecho te pone en*

peligro, sácatelo y tiraló; más te conviene perder un miembro que ser echado entero en el fuego (Mt 5, 29).

40. El Reino de Dios se alcanza a la fuerza, y solamente los esforzados lo arrebatan (Mt 11, 12).

41. Dejaos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes y roban. En cambio, amontonaos riquezas en el cielo..., donde los ladrones no roban (Mt 6, 19-20).

42. No juzguéis, y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros (Mt 7, 1-2).

(147) *43. Cuidado con los profetas falsos, esos que se os acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis (Mt 7, 15-16).*

44. Cuidado con mostrar desprecio a un pequeño de éstos, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial (Mt 18, 10).

45. Estad en vela, que no sabéis el

día ni la hora (Mt 25, 13).

- (148) 46. *No temáis a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer más... Temed al que tiene poder para matar y después echar en el fuego (Lc 12, 4-5).*

47. *No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer; ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir... Ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso (Lc 12, 22, 30).*

48. *Nada hay oculto que no deba descubrirse ni nada secreto que no deba saberse o hacerse público (Lc 8, 17).*

- (149) 49. *El que quiera subir, sea servidor vuestro, y el que quiera ser primero, sea esclavo vuestro (Mt 20, 26-27).*

50. *¡Con qué dificultad van a entrar en el Reino de Dios los que tienen el dinero! (Mc 10, 23).*

51. *Es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios (Lc 18, 25).*

52. *Pues yo os digo: Amad a vues-*

tros enemigos (haced el bien a los que os odian) y rezad por los que os persiguen (y odian) (Mt 5, 44).

53. ¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! (Lc 6, 24).

(150) *54. Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y amplia la calle que llevan a la perdición, y muchos entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el callejón que llevan a la vida! Y pocos dan con ellos (Mt 7, 13-14).*

55. Los últimos serán primeros, y los primeros últimos (Mt 20, 16). Porque hay más llamados que escogidos (Mt 22, 14).

Hay más dicha en dar que en recibir (Hch 20, 35).

56. Si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera poner pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa (Mt 5, 39-40).

57. Hay que orar siempre y no desanimarse (Lc 18, 1).

Estad en vela y pedid no ceder en la

prueba (Mt 25, 41).

58. A todo el que se encumbra lo abajarán, y al que se abaja lo encumbrarán (Lc 14, 11).

59. Dad lo de dentro en limosna, y así lo tendréis limpio todo (Lc 11, 41).

60. Si tu mano o tu pie te pone en peligro, córtatelo y tíralo: más te vale entrar manco o cojo en la vida que ser echado al fuego eterno con dos manos o dos pies. Y si tu ojo te pone en peligro, sácatelo y tíralo; más te vale entrar tuerto en la vida que ser echado con los dos ojos al fuego del quemadero (Mt 18, 8-9).

(151) 61. LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

- 1. Dichosos los que eligen ser pobres,
porque éstos tienen a Dios por Rey.*
- 2. Dichosos los que sufren,
porque éstos van a recibir el consuelo.*
- 3. Dichosos los no violentos,
porque éstos van a heredar la*

tierra.

4. *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados.*
5. *Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.*
6. *Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.*
7. *Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.*
8. *Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey (Mt 5, 3-10).*

- (152) 62. *Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien (Mt 11, 25).*

(153) Éste es un resumen de las grandes e importantes verdades que la Sabiduría eter-

na vino personalmente a enseñarnos, después de ponerlas en práctica ella misma, a fin de arrancarnos de la ceguera y desconcierto en que nos habían sumido nuestros pecados.

¡Felices quienes comprenden estas verdades eternas!

¡Más felices los que las aceptan!

¡Pero mucho más felices quienes creen en ellas, las ponen en práctica y las enseñan a los demás! ¡Brillarán como estrellas en el cielo por toda la eternidad!²

CAPÍTULO XIII

Resumen de los inexplicables dolores que la Sabiduría encarnada quiso padecer por amor nuestro

1. EL MOTIVO MÁS PODEROSO PARA AMAR LA SABIDURÍA

(154) La razón más poderosa que puede impulsarnos a amar a Jesús, la Sabiduría encarnada, es, a mi juicio, la consideración de los dolores que quiso padecer para mostrarnos su amor. «Hay —dice san Bernardo— un motivo que los supera a todos, que me aguijo-

² Cf. Dn 12, 3.

nea más sensiblemente y me apremia a amar a Jesucristo: es, ¡oh Señor!, el cáliz de amargura que quisiste apurar por nosotros. Sí, ¡la obra de nuestra redención te hace amable a nuestros corazones! Porque este beneficio supremo e incomparable, testimonio de tu amor, conquista fácilmente el nuestro. ¡Nos atrae más suavemente, nos obliga más justiciaramente, nos liga más íntimamente y nos afecta más poderosamente!» Y en pocas palabras resume las razones: «Porque este amable Salvador ha trabajado y sufrido mucho para lograr nuestra salvación. ¡Oh! ¡Cuántas penas y amarguras tuvo que soportar!»¹

2. LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA PASIÓN DE LA SABIDURÍA

(155) Pero donde podemos ver más claramente el amor infinito de la Sabiduría hacia nosotros es en las circunstancias que acompañan sus dolores.

1. La primera es la excelencia de su persona, que comunica valor infinito a cuanto sufre en su pasión. Si Dios hubiera enviado un

¹ San Bernardo, *Sermo* 20 in *Canticum canticorum* n. 2: y *Sermo* 11 in *Canticum canticorum* n. 7.

serafín o un ángel del último coro para que, haciéndose hombre, muriera por nosotros, habría sido, en verdad, algo admirable y digno de nuestra eterna gratitud. Pero que el mismo Creador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, la Sabiduría eterna, se haya encarnado y haya dado su vida —a cuyo lado las vidas de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las creaturas juntas son infinitamente menos importantes de lo que sería la de un mosquito comparada con la de todos los reyes—, ¡qué exceso de amor no resplandece en este misterio y cuál no debe ser nuestra admiración y gratitud!

(156) 2. La segunda circunstancia es la condición de las personas por quienes padece. Son hombres, creaturas despreciables, enemigos suyos, de quienes nada podía temer ni esperar. Se han dado casos de personas que mueren por sus amigos. Pero ¿se dará jamás el caso —excepto el del Hijo de Dios— de que alguien muera por sus enemigos? *Pero el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores —es decir, enemigos suyos—; así demuestra Dios el amor que nos tiene.*²

² Rm 5, 8.

(157) La tercera circunstancia es la multitud, enormidad y duración de sus padecimientos. Fue tal el torrente de sus dolores, que se lo llamó *hombre de dolores*,³ en quien *de la planta del pie a la cabeza no queda parte ilesa*.⁴

Este gran amante de nuestras almas sufrió en todo: dolores externos e internos, en el cuerpo y en el alma.⁵

(158) Padeció en sus bienes. Sin recordar la pobreza de su nacimiento, la huida a Egipto y su permanencia allí, la pobreza de toda su vida, pensemos que en su pasión fue despojado de sus vestiduras por los soldados, que las sortearon entre sí, y luego clavado en la cruz, sin que le dejaran un pobre harapo para cubrirse.

(159) Sufrió en su honor y reputación. Fue saturado de oprobios, tratado de blasfemo, sedicioso, borracho, comilón y endemoniado.

Fue menospreciado en su sabiduría, al ser considerado como ignorante e impostor y tratado de loco e insensato.

³ Is 53, 3.

⁴ Is 1, 6.

⁵ S. Th. III q. 46 a. 5-7.

Fue ultrajado en su poder, al ser considerado como mago y hechicero, capaz de hacer falsos milagros en unión de Satanás.

Sufrió a causa de sus discípulos: el uno lo vendió y traicionó; el primero de ellos lo negó, y los demás lo abandonaron.

(160) Sufrió de parte de toda clase de personas: reyes, gobernantes, jueces, cortesanos, soldados, pontífices, sacerdotes, eclesiásticos y seglares, judíos y gentiles, hombres y mujeres; de todos sin excepción. Incluso, su santísima Madre aumentó de manera terrible sus aflicciones cuando la vio presenciando su muerte junto a la cruz, anegada en un mar de tristeza.

(161) Nuestro amantísimo Salvador padeció en todos los miembros de su cuerpo: su cabeza fue coronada de espinas; su cabello y la barba, mesados; sus mejillas, abofeteadas; su rostro, cubierto de salivazos; su cuello y sus brazos, torturados con cuerdas; sus espaldas, cargadas y desolladas por el peso de la cruz; sus manos y pies, taladrados por los clavos; su costado y corazón, atravesados por la lanza. En una palabra: todo su cuerpo fue desgarrado sin misericordia por más de cinco mil azotes, de forma que se veían sus huesos medio

descarnados.

Todos sus sentidos se vieron sumergidos en este mar de dolor: sus ojos, al contemplar las mofas y burlas de sus enemigos y las lágrimas y desolación de sus amigos; sus oídos, al escuchar las injurias, los falsos testimonios, las calumnias y horrendas blasfemias que aquellas bocas malditas vomitaban contra él; su olfato, al percibir la fetidez de los salivazos que le lanzaban; su gusto, al padecer aquella sed abrasadora que, en son de burla, pretendieron mitigar dándole a beber hiel y vinagre; y su tacto, al experimentar el exceso de dolor que le causaron los azotes, las espinas y los clavos.

(162) El alma santísima de Jesús se vio cruelmente atormentada por los pecados de todos los hombres —como otros tantos ultrajes inferidos al Padre, a quien amaba infinitamente— y a causa de la perdición de tantas almas que, no obstante su pasión y muerte, se condenarían. Sentía compasión no sólo de todos en general, sino de cada uno en particular, dado que los conocía a todos distintamente.

Contribuyó a aumentar sus dolores la duración de los mismos. Sufrió desde el

momento de su concepción hasta su muerte, puesto que, gracias a la luz infinita de su sabiduría, veía distintamente y siempre tenía presentes todos los males que debía soportar.

Añadamos a estos tormentos el más cruel y espantoso de todos: el abandono en la cruz cuando exclamó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*⁶

3. AMOR SUPREMO DE LA SABIDURÍA EN SUS DOLORES

(163) De lo anterior debemos inferir —con santo Tomás y los Santos Padres— que el buen Jesús padeció más que todos los mártires que han existido o existirán hasta el fin del mundo.

Si, pues, el menor de los dolores del Hijo de Dios es más valioso y debe conmovernos más que si todos los ángeles y hombres hubieran muerto y sido aniquilados por nosotros, ¿cuál no debe ser nuestro dolor, agradecimiento y amor para con Él, ya que padeció por nosotros cuanto es posible y con tales excesos de amor, sin estar obligado a ello? *Por la dicha que lo*

⁶ Mt 27, 46.

*esperaba sobrellevó la cruz.*⁷ Es decir, que Jesucristo, la Sabiburía eterna, habiendo podido permanecer en la gloria del cielo, infinitamente alejado de nuestra indigencia, prefirió, por nuestro amor, bajar a la tierra, encarnarse y ser crucificado —según afirman los Santos Padres—. Una vez hecho hombre, podía comunicar a su cuerpo el gozo, la inmortalidad y la alegría de que ahora goza. Pero no quiso obrar así para poder padecer.

(164) Añade Ruperto que el Padre ofreció a su Hijo, en el momento de la encarnación, la alternativa de salvar al mundo por el placer o por el dolor, por los honores o por los desprecios, por la riqueza o por la pobreza, por la vida o por la muerte. De modo que, si hubiera querido, hubiera podido redimir a los hombres y llevarlos al paraíso por medio de goces, delicias, placeres, honores y riquezas, gloria y triunfos. Pero Él escogió los dolores y la cruz para dar mayor gloria al Padre, y a los hombres el testimonio de un amor más grande.

(165) Más aún, nos amó tanto que, en lugar de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y soportarlos mil veces más. Por ello, sobre la

⁷ Hb 12, 2.

cruz, colmado de oprobios y abismado de dolores, como si los que padecía no fueran bastantes, exclamó: *Tengo sed.*⁸ Pero ¿de qué? «Su sed —dice san Lorenzo Justiniano— provenía del fuego de su amor, de la fuente y abundancia de su caridad. Tenía sed de nosotros, de entregarse a nosotros y padecer por nosotros.»⁹

4. CONCLUSIÓN

(166) Después de considerar todo esto, ciertamente hallamos motivos sobrados para exclamar con san Francisco de Paula: «¡Oh caridad! ¡Oh Dios de caridad! ¡La caridad que demostraste al sufrir, y padecer, y morir es, en verdad, excesiva!» O con santa Magdalena de Pazzis, abrazada al crucifijo: «¡Oh amor! ¡Amor! ¡Cuán poco conocido eres!» O, finalmente, con san Francisco de Asís, arrastrándose por el fango de las calles: «¡Jesús, mi amor crucificado, no es conocido! ¡Jesús, mi amor, no es amado!»

Sí, en efecto, la santa Iglesia hace repetir todos los días con sobrada razón: *El mundo no*

⁸ Jn 19, 28.

⁹ *De triumphali Christi agone* c. 19.

*lo conoció.*¹⁰ El mundo no conoce a Jesucristo, la Sabiduría encarnada. Y, hablando razonablemente, conocer lo que Nuestro Señor ha padecido por nosotros y no amarlo con ardor —cosa que hace el mundo— es algo moralmente imposible.

CAPÍTULO XIV

El triunfo de la Sabiduría eterna en la cruz y por la cruz

(167) Éste es, a mi modo de ver, el mayor *secreto del rey*,¹ el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la cruz.

1. LA SABIDURÍA Y LA CRUZ

¡Oh! ¡Cuán distantes y diferentes son los pensamientos y caminos de la Sabiduría eterna de los de los hombres, incluso de los más inteligentes!

Dios quiere rescatar al mundo, ahuyentar y encadenar a los demonios, cerrar el infierno

¹⁰ Jn 1, 10; antes de la reforma litúrgica, al final de la misa se rezaba Jn 1, 1-14, como acción de gracias.

¹ Tb 12, 7.

a los hombres y abrirles el cielo y tributar al Padre eterno una gloria infinita. ¡Proyecto grandioso! ¡Obra difícil! ¡Ardua empresa! ¿Qué medio empleará la Sabiduría, cuyo conocimiento abarca de un extremo al otro del universo, disponiéndolo todo con suavidad y fuerza?² Su brazo es omnipotente: puede con toda facilidad destruir cuanto se le opone y hacer cuanto quiere; puede aniquilar y crear con una sola palabra de su boca... ¿Qué digo? ¡Le basta querer para hacerlo todo!

(168) Pero su amor dicta leyes a su omnipotencia. Quiso encarnarse para testificar al hombre su amistad. Quiso descender personalmente a la tierra para hacerlo subir al cielo. ¡Está bien! Pero desde luego que esta Sabiduría encarnada se presentará gloriosa y triunfante, acompañada de millones y millones de ángeles, o al menos de millones de hombres escogidos, y con estos ejércitos, esplendor y majestad, lejos de la pobreza, los oprobios, las humillaciones y las debilidades, arrollará a todos sus enemigos y conquistará los corazones de los hombres con sus encantos, delicias, nobleza y tesoros.

² Cf. Sb 8, 1.

¡No! ¡Nada de eso! ¡Cosa sorprendente! Ve algo que para los judíos es motivo de escándalo y horror, y para los paganos, objeto de locura:³ un vil e infame madero, destinado a la confusión y suplicio de los mayores criminales, al que llaman patíbulo, horca o cruz. Y en la cruz detiene su mirada. En ella se complace, la prefiere a lo más sublime y brillante del cielo y de la tierra, para hacer de ella el arma de sus conquistas y el atavío de su majestad, la riqueza y delicia de su imperio, la amiga y esposa de su corazón. *¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!*⁴ ¡Qué elección tan sorprendente! ¡Qué designios tan sublimes e incomprensibles! ¡Qué amor a la cruz tan inefable!

(169) La Sabiduría encarnada amó la cruz desde sus más tiernos años: *La quise desde muchacho.*⁵ Apenas entró en el mundo, la recibió de manos del Padre en el seno de María. La colocó en su corazón, como soberana, diciendo: *Dios mío, lo quiero; llevo tu ley en mis entrañas.*⁶ ¡Oh Dios y Padre mío, escogí la

³ Cf. 1 Co 1, 23.

⁴ Rm 11, 33.

⁵ Sb 8, 2.

⁶ Sl 40 (39), 9.

cruz cuando estaba en tu seno! La vuelvo a elegir ahora en el de mi Madre. ¡La amo con todas mis fuerzas y la coloco en medio de mi corazón para que sea mi esposa y soberana!⁷

(170) La buscó fervientemente durante toda la vida. Si corría de pueblo en pueblo como ciervo sediento; si caminaba a pasos de gigante hacia el Calvario; si hablaba tan frecuentemente de sus futuros padecimientos y de su muerte a los apóstoles y discípulos y hasta a los profetas en la transfiguración; si con tanta frecuencia exclamaba: *¡Cuánto he deseado!*,⁸ todos sus caminos, todos sus afanes, todas sus pesquisas, todos sus anhelos, tendían hacia la cruz, llegando a considerar como el punto culminante de su gloria y felicidad el morir en sus brazos.

Se desposó con ella con amor inefable en la encarnación. La buscó y llevó con indecible gozo durante toda su vida, que fue cruz continua,⁹ y, después de haber hecho tantos esfuerzos para llegar a ella y morir en ella sobre el Calvario —*¡Qué angustia siento hasta que se*

⁷ Sb 8, 2.

⁸ Lc 22, 15.

⁹ *Imitación de Cristo* 1. 2 c. 12 n. 7.

haya cumplido!—,¹⁰ decía: «Y ¿quién me lo impide? ¿Qué me detiene? ¿Por qué no estoy ya abrazado a ti, amada cruz del Calvario?»

(171) La Sabiduría logró, al fin, lo que tanto anhelaba: se vio cubierta de oprobios, cosida y fuertemente adherida a la cruz, y murió con alegría en los brazos de su idolatrada amiga, como si fuera un lecho de honor y de triunfo.

(172) No vayamos a pensar que, después de su muerte, la Sabiduría se haya desprendido de la cruz o la haya rechazado para triunfar mejor. ¡Todo lo contrario! Se ha unido y como incorporado a ella, en tal forma que ni ángel, ni hombre, ni creatura alguna del cielo o de la tierra puede separarla de la cruz. Su enlace es indisoluble, y eterna su alianza. ¡Jamás la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz!

Con su muerte, la Sabiduría hizo tan gloriosas las ignominias de la cruz, tan rica su desnudez y pobreza, tan agradables sus dolores, tan atrayentes sus rigores... hasta llegar a divinizarla y hacerla adorable a los ángeles y a los hombres. Y ha ordenado que todos sus súbditos la adoren también. No quiere que los honores de adoración —aunque relativa— se

¹⁰ Lc 12, 50.

tributen a las demás creaturas, por sublimes que sean, como su misma Madre. Semejante distinción está reservada, y sólo se tributa a su amada cruz.

En el día del juicio final desaparecerán todas las reliquias de los santos, incluso las de los más eminentes, pero no las de la cruz. La Sabiduría ordenará a los primeros serafines y querubines que recorran el mundo y recojan los trozos de la verdadera cruz, que, gracias a su amorosa omnipotencia, quedarán también tan maravillosamente unidos, que no formarán sino la única cruz, la misma cruz sobre la cual murió. Hará que los ángeles la lleven en triunfo y entonen en su honor cánticos de alegría. Se hará preceder por esta cruz, que descansará sobre la nube más brillante, y con ella y por ella juzgará al mundo.¹¹ ¡Qué alegría experimentarán al verla los amigos de la cruz!¹² Pero ¡qué desesperación la de sus enemigos, que, no pudiendo soportar la vista de esa cruz tan brillante y aterradora, gritarán a las montañas que caigan sobre ellos, y al infierno que los devore!

¹¹ Cf. *Breviario Romano*, 14 de sept., a nona.

¹² Montfort amplía su doctrina sobre la cruz en su *Carta circular a los Amigos de la Cruz*.

2. LA CRUZ EN RELACIÓN CON NOSOTROS

(173) En espera de que amanezca el día glorioso de su triunfo en el juicio final, la Sabiduría eterna quiere que su cruz sea la insignia, el distintivo y arma de todos sus elegidos.

En efecto, no reconoce como hijo a quien no posea esta insignia, ni como discípulo sino a quien la lleve en la frente sin avergonzarse, en el corazón sin protestar y sobre los hombros sin arrastrarla o rechazarla. Y exclama: *El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.*¹³

No admite como soldado sino a quien esté dispuesto a armarse con ella para defenderse, atacar, derribar y aplastar a todos sus enemigos. Y dice: *Ánimo, que yo he vencido al mundo.*¹⁴ «Confiad en mí, soldados míos; ¡soy vuestro capitán! Por la cruz he triunfado de mis enemigos. ¡Con este signo los venceréis también vosotros!»¹⁵

(174) Ha concentrado en la cruz tantos secretos, gracias, vida y alegría, que no la da

¹³ Mt 16, 24.

¹⁴ Jn 16, 33.

¹⁵ Frase del lábaro de Constantino.

a conocer sino a sus preferidos. Como a los apóstoles,¹⁶ revela con frecuencia a sus amigos todos sus secretos, pero no los de la cruz, a menos que lo hayan merecido por su gran fidelidad y trabajo. ¡Oh! ¡Cuán humilde, pequeño, mortificado, interior y despreciado del mundo has de ser para conocer el misterio de la cruz, que aún sigue siendo hoy —no sólo entre judíos, paganos, turcos y herejes, sabios según el mundo y malos cristianos, sino también entre los que se creen devotos y muy devotos— objeto de escándalo, locura, desprecio y deserción; no en teoría —pues nunca como hoy se ha hablado y escrito tanto sobre la hermosura y excelencia de la cruz—, sino en la práctica, ya que tanto se teme, lamenta, excusa y huye cuando se trata de sufrir algo!

Contemplando cierto día la belleza de la cruz, la Sabiduría encarnada exclamó en un transporte de gozo: *Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla.*¹⁷

(175) Si el conocimiento del misterio de la

¹⁶ Cf. Jn 15, 15.

¹⁷ Lc 10, 21.

cruz es una gracia tan excepcional, ¿qué no serán su gozo y posesión efectiva? Son un regalo que la Sabiduría eterna hace solamente a sus mejores amigos como respuesta a sus constantes plegarias, anhelos y súplicas. Por excelente que sea el don de la fe —con la cual agradamos a Dios, nos acercamos a Él y vencemos a nuestros enemigos, y sin la cual nos condenaríamos—, la cruz es un don todavía mayor.

San Pedro —dice san Juan Crisóstomo— es más feliz al verse encarcelado por Jesucristo que en la gloria del Tabor; se siente más glorioso por llevar en los pies las cadenas que en las manos las llaves del paraíso.¹⁸ San Pablo se gloría más de hallarse encadenado por su Salvador que de ser elevado al tercer cielo.¹⁹ Dios favorecía más a los apóstoles y a los mártires haciéndolos partícipes de su cruz en las humillaciones, la pobreza y los más crueles tormentos que otorgándoles el don de hacer milagros y convertir el mundo entero. Todos aquellos a quienes se ha comunicado la Sabiduría eterna, se mostraron deseosos de la

¹⁸ *Hom. 8 in Ep. ad Ephesios* n. 2.

¹⁹ Cf. Ga 6, 14.

cruz, la buscaron, la abrazaron, y, cuando tenían ocasión de padecer, exclamaban desde el fondo del corazón, con san Andrés: «¡Oh cruz amada y por tanto tiempo deseada!»

(176) La cruz es buena y preciosa por infinidad de razones:

1a. nos asemeja a Jesucristo;

2a. nos hace dignos hijos de Dios Padre, dignos miembros de Jesucristo y templos dignos del Espíritu Santo. Dios Padre corrige a cuantos adopta por hijos: *El Señor educa a los que ama y da azotes a los hijos que reconoce por suyos.*²⁰ El Hijo recibe como suyos solamente a los que llevan la cruz. El Espíritu Santo talla y pule las piedras vivas de la Jerusalén celeste, es decir, los predestinados;²¹

3a. ilumina el entendimiento y le comunica una sabiduría que no le podrán dar todos los libros de la tierra: *Quien no ha sido probado, sabe bien poco;*²²

4a. la cruz, llevada dignamente, se convierte en fuente, alimento y testimonio del amor.

²⁰ Hb 12, 6.

²¹ Cf. *Breviario Romano*: dedicación de una iglesia, himno de las II vísperas.

²² Si 34, 10.

Enciende en los corazones el fuego del amor divino, desapegándolos de las creaturas. Mantiene y acrecienta ese amor, y así como la leña alimenta el fuego, la cruz alimenta el amor. Comprueba del modo más claro que se ama a Dios. Porque es la misma prueba de que Dios se sirvió para manifestarnos su amor. Y la que Dios nos pide para demostrarle el nuestro;

5a. es fuente abundante de toda suerte de dulzuras y consolaciones y engendra en el alma la alegría, la paz y la gracia;

6a. por último, produce en quien la lleva una riqueza incomparable de gloria para la eternidad.²³

(177) Si conocieras el valor de la cruz, mandarías hacer novenas —a ejemplo de san Pedro de Alcántara—²⁴ para conseguir esa exquisita porción del paraíso; dirías con santa Teresa: «¡O padecer o morir!»;²⁵ con santa María Magdalena de Pazzis: «¡No morir, sino padecer!» O pedirías, con san Juan de la Cruz,

²³ 2 Co 4, 17.

²⁴ Nacido en 1499, en Extremadura, franciscano, inició en 1540 la reforma de su Orden.

²⁵ Cf. *Vida* c. 40 n. 20.

solamente la gracia de padecer por Jesucristo: «¡Padecer y ser despreciado por ti!»

Entre todas las cosas terrenas, la única que se aprecia en el cielo es la cruz, decía este Santo, después de su muerte, a una sierva de Dios.

Nuestro Señor dijo a uno de sus servidores: «Tengo cruces tan preciosas, que es todo cuanto mi queridísima madre —siendo tan poderosa como es— puede alcanzar de mí en favor de sus fieles servidores.»

(178) ¡Oh sabios del mundo! ¡Varones ilustres de la tierra! ¡Vosotros sois incapaces de comprender este lenguaje misterioso! ¡Amáis demasiado los placeres, os preocupáis excesivamente de vuestras comodidades, apreciáis demasiado los bienes de este mundo, teméis demasiado los desprecios y las humillaciones! En una palabra: ¡sois demasiado enemigos de la cruz de Jesucristo!

Sí, estimáis y alabáis la cruz, pero en general y no en concreto la vuestra, de la cual huís cuanto más podéis o la lleváis arrastrando de mala gana, entre murmuraciones, impaciencias y lamentos. Me recordáis a aquellas vacas que, mugiendo y muy a pesar suyo, arrastraban el arca de la alianza, que contenía lo más

precioso del mundo: *Caminaban mugiendo*.²⁶

(179) El número de los necios e infelices es infinito, dice la Sabiduría,²⁷ porque es infinito el de aquellos que no conocen el precio de la cruz y la llevan a regañadientes.

Pero vosotros, los verdaderos discípulos de la Sabiduría eterna, que habéis experimentado tantas tentaciones y aflicciones, que padecéis persecuciones por la justicia, que sois considerados como la basura del mundo..., ¡consolaos, regocijaos, saltad de alegría! Porque la cruz que lleváis es un don tan valioso, que lo envidian los bienaventurados, sin poder participar ya de él. Sobre vosotros descansa cuanta honra, gloria y virtud hay en Dios, y aun el Espíritu Santo reposa sobre vosotros,²⁸ porque vuestra recompensa es grande en los cielos, y aun ya sobre la tierra, a causa de las gracias espirituales que la cruz os obtiene.

3. CONCLUSIÓN PRÁCTICA

(180) ¡Amigos de Jesucristo, bebed, sí,

²⁶ 1 S 6, 12.

²⁷ Qo 1, 15.

²⁸ Cf. 1 P 4, 14.

bebed del cáliz de amargura que Él os brinda, y llegaréis a ser cada día más amigos suyos! ¡Sufrid con Él, y con Él seréis glorificados! ¡Sufrid con paciencia y hasta con alegría! Un poco más, y ¡se os dará una eternidad gozosa por un momento de dolor!

¡Nada de ilusiones! ¡Desde que la Sabiduría encarnada tuvo que entrar en el cielo por medio de la cruz, por ella tendrán que entrar cuantos la sigan!

«A cualquier parte que fueres —dice la *Imitación de Cristo*—, siempre encontrarás la cruz»: la del predestinado, si la aceptas como debes, es decir, paciente y gozosamente y por amor de Dios; o la del réprobo, si la llevas con impaciencia y a pesar tuyo, como tantos doblemente miserables, que se verán obligados a decir durante toda la eternidad en el infierno: *¡Trabajamos y padecemos tanto en la tierra; y, al final de cuentas, estamos condenados!*²⁹

Ciertamente, la verdadera Sabiduría no se halla en la tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside en la cruz, en forma tal que fuera de ella es imposible ha-

²⁹ Sb 5, 7.